

Ficciones reales, realidades ficticias

Eduardo Antonio Parra

Las relaciones entre periodismo y literatura han sido ambiguas, y podríamos decir “incestuosas”, desde los orígenes de la prensa periódica, cuando los primeros reporteros eran escritores que seguían privilegiando el uso artístico del lenguaje al tiempo que emprendían la búsqueda de técnicas efectivas para establecer una comunicación más clara y expedita con los lectores, a quienes los nuevos medios debían ofrecer noticias actuales. Con el tiempo, ambas disciplinas acotaron sus territorios al poner en práctica estrategias, reglas y éticas particulares, aunque nunca se distanciaron del todo; al contrario, siguieron influyéndose mutuamente mientras evolucionaban, al grado de que aún hoy, al enfocarse en la realidad, en ocasiones resulta difícil distinguir una de la otra. ¿Esto es periodismo, o se trata de literatura?, es pregunta común cuando leemos un gran reportaje, una crónica muy bien escrita, o una novela o un cuento cuyo origen es un suceso real, reconocible. Para quienes somos legos, la mayoría de las veces lo que parece darnos la respuesta es el formato: si lo leemos en un diario es periodismo, si lo leemos en un libro o en una revista literaria es literatura. Pero si cada vez resulta más común que sea a través del libro como los lectores tienen acceso a las grandes obras del periodismo, así como también es normal que los diarios publiquen avances de novela y relatos, ¿cómo podemos distinguir los géneros sin caer en confusiones? Un buen método sería el que plantea José Garza en *De realidades, ficciones y otras noticias* donde, a través del análisis de veinticinco reportajes ejemplares de la historia de la prensa escrita, detecta las características particulares del género presentes en cada uno de ellos, en un

intento por establecer su esencia, es decir, su naturaleza periodística, con el fin de diferenciarla de la narrativa literaria, ya sea ésta de ficción o basada en hechos concretos.

Cuando emprendí la lectura del libro, lo hice con cierta perplejidad: el índice incluye algunas obras que yo había considerado novelas o cuentos, como *Música para camaleones*, de Truman Capote, *Diario del año de la peste*, de Daniel Defoe, *Santa Evita*, de Tomás Eloy Martínez y *Reportaje al pie de la horca*, de Julius Fucik —en éste el título debería haberme puesto en guardia, pero siempre lo consideré un simple título, como la *Crónica de una muerte anunciada*, de Gabriel García Márquez. De la perplejidad pasé a la curiosidad, que rápido devino interés genuino, y en la introducción —“La vida como viaje, el reportaje como destino”—, me topé con ciertos pasajes autobiográficos del autor, quien afirma que inició su periplo por el periodismo llevando como equipaje la obra del mencionado Julius Fucik, la de García Márquez y la de Kapuscinski. Nada mal para un arranque en el oficio, aunque el solo nombre de estos autores refuerza la idea de que los límites entre periodismo y literatura son difíciles de precisar. Antes de pasar al análisis de los libros seleccionados, Garza ofrece al lector su propia concepción de periodismo y un panorama de las certezas a las que llegó, o las que reafirmó durante la relectura de las obras. Apenas en un puñado de páginas, nos transmite su pasión por el oficio —lo considera un apostolado—, su optimismo acerca del futuro y permanencia de las grandes piezas de la prensa escrita y su admiración por los autores que han creado las obras maestras del género. Y su entusias-

mo lo ha llevado a plantear un canon del reportaje universal, basado en sus preferencias personales, en la disección profunda de gran cantidad del material disponible, en su conocimiento de otros géneros, y en la comparación constante de los reportajes ejemplares con las grandes obras de la literatura. Pasión, optimismo y admiración de las que se contagia el lector, antes de internarse en los ensayos individuales con la esperanza de encontrar en ellos las ideas que respalden tales emociones. Esperanza que no es defraudada.

Escrito quizá pensando en quienes estudian la carrera, o para quienes se inician como reporteros, *De realidades, ficciones y otras noticias* no es, sin embargo, un libro de texto. Más que un puñado de lecciones, sus capítulos conforman un paseo por los diversos estilos, estructuras y tendencias que han marcado el rumbo del reportaje. Un recordatorio, tanto para lectores como para escritores, de que el secreto de la excelencia se halla, sí, en la veracidad, en la honestidad, en la actitud con que el periodista encara los hechos, pero sobre todo en el uso adecuado del lenguaje —éste sí literario siempre— con el que quien escribe se comunica con el lector. A través de las diferentes estaciones de este paseo, Garza no sólo penetra en las técnicas de los autores elegidos; nos sitúa en el momento histórico en que escribieron, describe su personalidad, detalla el contexto de la noticia que dio pie al reportaje y lo ubica en la evolución del género, a pesar de que de algún modo rechaza esa evolución: “Si alguien se ha preguntado cómo ha evolucionado la manera de preparar un relato periodístico en los últimos trescientos años conseguirá

como respuesta, después de leer y analizar los veinticinco reportajes estudiados, que no hay evolución sino vigencia”.

Partiendo del *Diario del año de la peste*, de Daniel Defoe, escrito alrededor de 1720, y siguiendo los grandes momentos del periodismo hasta nuestros días, Garza se interna en los entresijos de los reportajes, detecta las intenciones profundas de sus autores al escribirlos y establece sus simpatías y diferencias con los diversos procedimientos de narrar lo real. El primero que aborda, *Elogiemos ahora a los hombres famosos*, de James Agee y Walker Evans, le sirve para señalar los límites de la pretendida objetividad total, sin dejar de mencionar asimismo las posibilidades que tal actitud ante el relato periodístico ofrece a quien lo practica. Esta rigidez excesiva no parece satisfacer a José Garza, quien nos dice: “Agee se supedita demasiado al texto, se ciñe al informe de sus técnicas y metodologías. No deja al texto libre, soberano, independiente, abierto a sugerencias y otras lecturas. Es un autor miedoso y autoritario que impone una noción de aproximación a la realidad y de lectura”. La anterior opinión demuestra la congruencia del autor pues, páginas adelante, en varias ocasiones muestra simpatía por la actitud contraria, la de Capote, la de Kapuscinski, la de Monsiváis, quienes permiten que su presencia al interior del texto modifique un tanto la realidad narrada, por lo menos en lo que a perspectiva se refiere.

Truman Capote —quien sintetiza al máximo periodismo y literatura para configurar una obra personalísima—, Daniel Defoe —que escribe una novela como reportaje o un reportaje como novela, para dejar sentados los antecedentes míticos del género—, Oriana Fallaci —al conjugar las diversas disciplinas del oficio para enriquecerlas sobre la marcha— y Julius Fucik —quien escribe una crónica-reportaje para mantenerse vivo al pie del patíbulo— son autores por los que Garza experimenta mayor simpatía: los asedia, los explica y extrae de ellos ejemplos memorables. Pero no es sino hasta llegar al ensayo sobre *Noticia de un secuestro*, de García Márquez, que lo notamos de acuerdo en todo con el colombiano, convencido de sus ideas y procedimientos, y a la vez sometido a una admiración

sin límites. “Hacer periodismo corresponde a un acto de solidaridad con la realidad y, sobre todo, un acto de solidaridad con el hombre”, afirma en este apartado, como si fuera una de las enseñanzas que la lectura de la obra del Premio Nobel le dejó (Garza habla aquí de primera mano, pues fue alumno en un taller impartido por García Márquez). Tras analizar este texto monumental, extrae de él las máximas enseñanzas y ofrece a sus lectores, como conclusión, una definición de lo que para él —para José Garza— sería el reportaje ideal:

Noticia de un secuestro es una investigación que se acomoda a nuestra idea de reportaje como sentido de la realidad y de la vida misma, la idea del reportaje que se vale de todos los géneros periodísticos para ofrecer un panorama completo, una visión de conjunto que es la suma de varias singularidades; es lo que sucedió y cómo sucedió desde el punto de vista de los antecedentes y de las consecuencias, de quienes lo vivieron o escucharon de él, desde quienes resultaron afectados directa o indirectamente, desde quien lo pone por escrito y opina también. Es el género estrella pero es también el que requiere más tiempo, más investigación, más reflexión y un dominio certero del arte de escribir. Es en realidad la reconstrucción minuciosa y verídica del hecho. Es decir: la noticia completa, tal como sucedió en la realidad, para que el lector la conozca como si hubiera estado en el lugar de los hechos.

Y, por si alguna duda quedaba, cierra el apartado con una declaración de fe y lealtad: “Al menos por ahora puedo declarar convencido y con gusto que soy uno más de los devotos del deicida que nunca abandonó su condición de periodista”. Así, *Noticia de un secuestro* se yergue como el modelo insuperable y Garza, consciente o inconscientemente, y sin mencionarlo, analiza los siguientes reportajes seleccionados a la luz de éste, que no es una mala referencia para repasar la obra de Alma Guillermoprieto, o la de Hemingway, que guardan su relación con la de García Márquez.

Garza se interna después en textos de otros autores, corresponsales de guerra como Michael Herr, o testigos de desastres como John Hersey y su libro *Hiroshima*,

reporteros sin límites geográficos como Ryszard Kapuscinski, o los grandes del periodismo mexicano, como Vicente Leñero —*Asesinato*—, Carlos Monsiváis en su crónica *Los días del terremoto*, y Elena Poniatowska con su ejemplar *La noche de Tlatelolco*. La nómina es bastante completa, y mencionar a todos los autores seleccionados sería demasiado largo. Sólo baste decir que, en cada uno de los apartados, José Garza tiene hallazgos que poco a poco van moldeando su visión de lo que debería ser el ejercicio ideal del reportaje a la luz de los ejemplos, hasta construir una teoría mínima del oficio y, como se dijo más arriba, plantear un canon de las obras ineludibles. Al mismo tiempo, marca las diferencias entre literatura y periodismo, que no residen en el lenguaje sino en uno de sus atributos: para Garza, una de las principales diferencias, además de la obvia entre realidad y ficción, es que la literatura otorga cierto margen a la ambigüedad a lo narrado, mientras que el periodismo la tiene vedada y debe poseer, por el contrario, exactitud, precisión y veracidad lingüística.

Al pasar de John Reed a Tom Wolfe, de Manuel Vázquez Montalbán a Günter Wallraff, de Tomás Eloy Martínez a George Orwell, *De realidades, ficciones y otras noticias* contiene un conjunto de ensayos que, al sumarse, constituyen una verdadera bitácora indispensable para aquellos que se inician en el periodismo como practicantes, una guía para quienes deseen encarar la realidad a través de la lectura, un compendio de las posturas que han dominado la escena de la prensa internacional en el último siglo, y un ejercicio de reflexión sobre la tarea de informar. Es, también, un volumen donde José Garza, con la generosidad que lo caracteriza, comparte con otros lectores el placer que experimentó al toparse con estos veinticinco reportajes donde —más allá de actitudes u opiniones— es posible contemplar la realidad tal como es, a través de las palabras. **U**

José Garza, *De realidades, ficciones y otras noticias. Estudios sobre reportajes ejemplares: información, creación y escritura*, Fundación Manuel Buendía-Editorial Diáfora, México, 2009, 384 pp.